

“PICASSO, LAS MENINAS Y LA VIDA”

TEXTO DE JAIME SABARTES — EDITORIAL GUSTAVO GILI A. A.
BARCELONA

Escribió: HECTOR ROJAS HERAZO

Rebasada con mucha generosidad la línea de los setenta años, Pablo Picasso continúa siendo la figura más joven, inquietante y viril del arte contemporáneo. Ninguna zona de expresión plástica ha dejado de rendírsele. De la cerámica al muro, del cuadro de caballete a la escultura, del aguafuerte a la xilografía, Picasso se nos aparece —proteico, fresco, ardiente, henchido de mágica curiosidad— imprimiéndole a cada uno de estos frentes el drama de su dinamismo inimitable. El secreto, como siempre que se trata de un verdadero grande, parece radicar en que este hombre solo se justifica creando, profundizando en sí mismo, dándole forma y color a lo que bulle en su sangre y en su conciencia. Detrás de él, acezante, ha de llegar siempre la crítica. A codificar subsidiariamente lo que ha sido agonía, furia, desvelo, inquisición indeficiente. De allí aquellas beatíficas y ya cristalizadas subdivisiones de la obra picassiana: que si período gris o azul o rosa o no sabemos cuántos colores más. Todo ello es la resultante de un afán por explicar y explicarse un algo que nunca dejará de ser inasible: el hecho Picasso, el caso Picasso, el duende en acción de Picasso. Porque al andaluz no le vienen con cuentos. Para él no reza aquello de la cautela taurina, aquello de terrenos de toro y terrenos de torero. Picasso se va de frente y le embiste al toro, a esa pintura cornúpeta que le sale de sus cuevas internas, de poder a poder. Lo de a quién pertenece ésta o aquella parte del terreno ha de dirimirse en la contienda. A la postre ambos, Picasso y la pintura, han de quedar extenuados. Pero de ese choque bestial —más antiguo que el hombre y más futuro que el hombre— han de quedarnos esos ángulos traumatizados, esos bloques cromáticos, esas fauces, esos torsos, con

lama y óxido mediterráneos, de su grande y agonal sinfonía. Ha de quedarnos, en suma, un testimonio epopéyico.

Ahora la batalla de Picasso ha sido contra dos grandes y amadísimos enemigos: contra la pintura y contra Velázquez. Al maestro palatino le dedicó cuatro meses de investigación y de desbroce. Se le metió bien adentro al más atildado, misterioso y sabido de los viejos maestros. Meninas adentro, como quien dice vísceras adentro, Picasso dejó en los puros huesos —harina concepcional, nervios lineales, volúmenes al descubierto— al archifamoso, por lo archianalizado, lienzo de las infantinas. El reposo hidalgo del pincel quedó en lo suyo: en lo de fantasma de corte con otros fantasmas de crinolina y muertos rizos y perro que amanece esqueleto entelarañado, vigilando con un solo ojo la imponente aventura quirúrgica. Picasso, como siempre, no se fue por las ramas. Se fue directo al centro de la cuestión. A lo de ahondar en el encaje, en el gesto, en la piel y en el aire de aquellas criaturas doradas. En la alcoba palaciega —vasta, eminente, afelpada por la exquisitez de añejas e invioladas ceremonias penetró el bufido de mil ojos, el duende que despelleja, la curiosidad impenitente de Pablo Picasso. Y este aparente saqueo es, quizás, el máximo homenaje que ha podido rendírsele a Velázquez. Aquellos cincuenta y ocho cuadros —donde las meninas aparecen glosadas por la imaginación en sus aspectos más insospechados, con sus fisonomías atravesando un cálido calidoscopio de pesadilla— es el intento más conmovedor de nuestro tiempo por hacer que la pintura, como la serpiente de la fábula, se muerda su propia cola. La pintura torna a la pintura y en este proceso, realmente mitológico, pasa por un taller donde tres siglos de respeto habían convertido aquellas imágenes en entelequias de museo. El soplo iracundo de Picasso las despertó de su sueño. Y aquellos fantasmas se desperezan y entran en acción. Y juegan a las escondidas con el espectador. Entonces la alcoba se triza y agranda y aparece cruzada por mil líneas alucinantes. Picasso —rey y señor de la atmósfera— sacude el polvo a terciopelos y faralaes y pone a todos —a la enana y a las princesitas y al orondo señor de caballete y a su efigie detenida en la puertita cargada de luz y a las paredes y a los muebles y lámparas— a bailar la gran zarabanda de la buena nueva. Y hélos aquí, con sus zapatitos de raso para puntear el minuet— participando de la gran epilepsia del ritmo, del antiquísimo y moderno y contemporáneo y futuro ritmo de Picasso.

Jaime Sabartés nos cuenta, en una esquila de veintitantas páginas, el ensimismamiento, la seriedad y la eficacia con que Picasso llevó a cabo su tarea en su retiro de "La Californie". Lo que años atrás había hecho con la "Bacanal" de Poussin y con las "Femmes d'Alger" de Delacroix y con El Greco y con Toluse-Lautrec lo repite ahora con "Las Meninas" de Velázquez. De esa nueva y fecunda travesura ha quedado la constancia de un álbum lujoso editado por Gustavo Gili en Barcelona. En el intermedio, la vida —la que representa la mujer y el aire y la luz y el resuello del mar— quiso hacerse presente en el taller de este moderno ermitaño. Y, detalle eminentemente poético, llegaban hasta la ventana del pintor las palomas del patio trayendo, envueltas en la espuma de sus alas, el sabor y el color del mar. De allí que Picasso —en varios lienzos a la burla burlando— capture sus posturas de arrullo, el hervor de los árboles bajo la blancura de su vuelo, las palmeras que se incrustan en el azul del mediterráneo como lanzas de luz contra un pecho de zafiro. Y está asimismo el retrato de Jacqueline, la compañera, y la ventana y los velos que insinuaban, haciéndola más apetecible, la desnudez del paisaje. Realmente este libro, este álbum, este documento —"Picasso, las Meninas y la Vida"— es, en su fondo, el reportaje plástico de cuatro meses de alegría, de tortura y de asombro vividos por Picasso, nuestro contemporáneo capital.